

## La Casona

Manuel Campa

En cada uno de los numerosos –y merecidos- artículos que se están publicando para celebrar el centenario del nacimiento de Alejandro Casona se dice que Casona es un pseudónimo, y que su verdadero nombre era el de Alejandro Rodríguez Álvarez. Aun reconociendo que esto es así, visto desde una perspectiva externa, urbana –etic, en la terminología de K. Pike-, sin embargo debe recordarse que en el pueblo natal donde vivió su primera infancia el autor de *La Dama del Alba* el nombre de la casa era vivido como más verdadero, como una identidad más auténtica que los apellidos. Y esto ocurría en todo el mundo rural asturiano, especialmente en el occidente. No es que Casona se haya inventado este nombre, sino que así era conocido, por el nombre de su casa, como el resto de los vecinos de Besullo. En mi parroquia, en el concejo de Tineo, hay también una casa que se llama como la del escritor cangués, y a los nacidos en ese solar de Busturniego seguimos llamándolos “de la Casona”, aunque la mayoría residan en Oviedo. De modo que Alejandro Casona no hizo más que respetar el nombre por el que era conocido, de niño, en Besullo. Esta gran importancia del nombre de la casa tiene estrecha relación con una de las instituciones más importantes de nuestra cultura tradicional: la casería. Gracias, sobre todo, a los trabajos de don Ramón Prieto Bances y de Fernando Inclán conocemos la extraordinaria importancia de la casería como una de las instituciones más significativas en el pasado de los asturianos. El mismo Casona, que absorbió como una esponja la cultura tradicional en Besullo, señala en “La llave en el desván”: “...vender la casa que hicieron los abuelos, donde murieron los padres, donde uno nació..., eso es peor que venderse uno mismo”. Esta opinión es generalizada entre los clásicos asturianos. Campomanes pone sobre cualquier interés suyo personal el salvaguardar y mejorar la casería familiar, en Sorriba, que había quedado a cargo de una hermana suya, a la vez que defiende la dispersión geográfica de pequeñas industrias artesanales, que faciliten la supervivencia de las caserías rurales. Jovellanos ensalza con entusiasmo esta institución, “capaz de sostener a una familia campesina, a la que sirve de hogar y de solaz”. Clarín expresa en cuentos como “Doña Berta” la pasión de los labradores asturianos por su casería, y un personaje de la “Sinfonía Pastoral” de Palacio Valdés cifra la felicidad plena en tener “una casa con solana..., un establo para una docena de vacas y una tenada donde puedan guardarse cincuenta carros de hierba”. Antes, no era posible que una sola persona –si exceptuamos a Antón de Balbina, del Fondal- fuera capaz, por sí sola, de xuncer dos parejas de vacas y traer un carro de roza o de hierba, aunque la canción dijera: “xunce les vaques, Ramona”; hoy, uno sólo se las vale con el tractor, que no suele moscar. Por eso la familia campesina se fue reduciendo de tamaño, hasta llegarse, hoy, a la pregunta del millón: ¿cómo conseguir que se queden jóvenes en el campo asturiano, sin que ello sea vivido como un castigo o desgracia? Jesús Arango suele decir que hay que poner un sueldo a los campesinos por conservar y cuidar el paisaje, que es algo que realizan, casi sin darse cuenta, al cultivar la tierra. También Valentín Andrés subrayaba ese valor añadido que conlleva el trabajo de un buen asturiano del campo. El paso, a partir de los años sesenta, de una economía de autoconsumo a la integración en una economía de mercado, con la especialización en las producciones de leche o carne, provocó unos cambios radicales en la cultura de la casería asturiana. Incorporar todas las innovaciones tecnológicas debe ser compatible con la pervivencia de un paisaje no degradado, y de instituciones, como la casería, a la vez “hogar y solaz” de los asturianos. Casona llevó con orgullo el nombre de la suya desde Besullo a los más importantes teatros de todo el mundo.